



Impulsos para una teología del trabajo por la paz

Drives for a theology of work for peace

Roman A. Siebenrock¹  <https://orcid.org/0009-0002-9054-2614>

¹ Universität Innsbruck, Innsbruck, Austria. Profesor en retiro de Dogmática y Teología Fundamental
... roman.siebenrock@uibk.ac.at



Resumen:

Se explora el concepto bíblico *shalom* como estado de bienestar, reconciliación, justicia y amor, esperanza del pueblo y don de Dios, para luego abordar la promesa ofrecida y realizada en Jesucristo como príncipe de la paz aun en medio de los conflictos. Se explora la misión de la Iglesia como promotora de la paz, a partir del discurso de Pablo VI a la ONU en 1965. En otros documentos magisteriales y en los encuentros de oración en Asís se muestra que el trabajo por la paz es parte integrante y no accesoria de la misión de la Iglesia. Finalmente, se presenta el trabajo por la paz como camino hacia una vida plena en las cuatro dimensiones de la existencia humana: la unidad social más pequeña (*ubuntu*), las relaciones sociales, la integración natural-cósmica y la relación con el Misterio último.

Palabras Clave: justicia; ecología; orden mundial; ubuntu; Pablo VI.

Abstract:

The biblical concept *shalom* is explored as a state of well-being, reconciliation, justice and love, peoples' hope, and God's gift and, then, the promise offered and realized in Jesus as the prince of peace, even in the midst of conflicts, is addressed. Next, the Church mission as a promoter of peace based on Paul VI's speech at the United Nations in 1965 is explored. Other teaching documents and prayer meetings in Assisi show that work for peace is an essential, not subordinate, part of the Church mission. Finally, work for peace is introduced as a path toward a full life in the four dimensions of human life: the smallest social unity (*ubuntu*), social relations, natural and cosmic integration, and the relation with the ultimate Mystery.

Keywords: justice; ecology; world order; ubuntu; Paul VI.

Fecha de recepción: 29 de noviembre de 2022 | Fecha de aceptación: 30 de noviembre de 2022

“No hay camino hacia la paz, la paz es el camino”.
(Mahatma Gandhi)

Introducción

En Europa, tras el 24 de febrero de 2022, día del ataque de Rusia a Ucrania, se habla de un punto de inflexión. El presidente Putin ha mantenido su forma de hablar: se trataría de una operación militar especial en marcha. Al menos en la elección de las palabras, lo que el primer ministro de la India, Narendra Modi, le dijo al jefe del Kremlin en septiembre de 2022¹ se sigue cumpliendo: “...no es época de guerras” (Cuesta, 2022) ¿Ha terminado realmente la época de guerras o simplemente está cambiando de forma para que pueda convertirse en la normalidad cotidiana? ¿Volvemos acaso al estado natural del hombre según lo formuló Thomas Hobbes: *homo homini lupus*?

El Papa Francisco ha hablado de una Tercera Guerra Mundial *en cuotas* y a finales de agosto dijo que ya vivíamos una Tercera Guerra Mundial (Papst: “Heute erleben wir einen Dritten Weltkrieg”, 2022).

Sin ser profeta ni tener habilidades adivinatorias, me parece que estamos viviendo una época en la que las cosas que estamos acostumbrados a dar por sentadas están desapareciendo; por eso, es necesaria una orientación fundamental, más necesaria que nunca, y recordemos una idea que ha sido decisiva desde la antigüedad: no existe conocimiento del futuro. Podemos hacer pronósticos y extrapolar las tendencias, pero la historia sigue siendo imprevisible y, sobre todo, llena de sorpresas. El último intento de proclamar el fin de la historia fracasó brillantemente: Francis Fukuyama (1990).

La Iglesia Católica no está fuera de esta situación; pero ella debiera saber que la actitud hacia el futuro no es el conocimiento, sino la esperanza. Me parece sobre todo, me parece que ella misma ha llegado a una contradicción en el tema de la guerra y la paz. Por un lado, el Papa Francisco ha cambiado la doctrina oficial de la guerra justificada (*bellum iustum*) por la doctrina de la “paz justa”. Sin embargo, no ha cambiado las afirmaciones del Catecismo sobre el tema. Allí se sigue hablando de guerra justa. La Carta encíclica *Fratelli tutti* transforma la doctrina tradicional (Francisco, 2020, arts. 255-262). “Ante esta realidad, hoy es muy difícil sostener los criterios racionales madurados en otros siglos para hablar de una posible ‘guerra justa’. ¡Nunca más la guerra!” (Francisco, 2020, art. 258). Pero la doctrina tradicional sigue hablando de guerra justa en el Catecismo (Iglesia Católica, 1997, no. 2309). Para la enseñanza de la Iglesia sobre este tema, véase: Pontificio Consejo Justicia y Paz (2005, capítulo 11).

Recientemente el Papa Francisco también habló del derecho a la autodefensa. Pero, ¿cómo se supone que todo esto encaje? Además, debemos darnos cuenta, inmediatamente, de que la

¹ Durante la reunión de la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS), celebrada en Uzbekistán los días 15 y 16 de septiembre de 2022.

cuestión de la paz no debe limitarse a las relaciones interestatales. “La paz” es una idea que abarca e impregna todas las dimensiones humanas de la vida: ¿esperanza o ilusión?

Para aproximarme a una percepción global del tema de la paz desde una perspectiva cristiano-católica, me propongo los siguientes pasos:

- En primer lugar, hay que apreciar la perspectiva bíblica en detalle, en la unidad del Antiguo y del Nuevo Testamento (cf. León-Dufour, 1965, pp. 582 y 586).
- A continuación, abordaré brevemente la tradición doctrinal más reciente desde el Concilio Vaticano II, a partir del discurso del Papa Pablo VI ante la ONU en otoño de 1965.
- Con algunas referencias a diversos aspectos, intentaré luego dar sugerencias para una reflexión mayor, a partir de las experiencias europeas desde 1945.

Me parece, sin embargo, que siguen vigentes aquellas reflexiones que Karl Rahner (2008) presentó después del Concilio como orientación para una teología de la paz en medio de una realidad de poder y guerra. Mientras nuestra historia continúe y no se haya transformado en el Reino de Dios, que es obra de Dios mismo, la lucha y la guerra son un determinante permanente (un “existencial”) de nuestra vida y de la historia humana. En esta situación, la tarea siempre necesaria y esencial de los creyentes en Cristo –junto con todas las personas de buena voluntad– es la de defender la paz, es decir, la humanización de esta situación. Como orientación, propone mantener el tenso equilibrio de “justicia y amor”. La justicia como orientación para librar un buen combate; el amor como la llamada real de los creyentes en Cristo a seguir a Jesús sufriente y pobre en una entrega desinteresada.

Quisiera basar mis observaciones en esta orientación: los creyentes en Cristo deben defender la paz en la tensión de “justicia y amor”, sin creer que pueden resolver la tensión fundamental de la historia humana en este tiempo.

1. “Paz”: estado de bienestar que abarca toda la creación. Una base bíblica

El evangelista Juan resume las promesas de Dios y el anhelo del ser humano en las palabras de Jesús: “Yo vine para que tengan vida, y la tengan en abundancia” (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Juan 10:10). En sí mismo y por sí mismo, Jesús condensa en su persona y en su misión todas las promesas (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Corintios 2 1:20) que caracterizan la alianza de Dios con la humanidad desde Noé, Abraham y Moisés, y que dan a todos los hijos de Abraham la misión de convertirse en una bendición: bendición para los demás, para todas las naciones (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Génesis 12:3).

“Vida en abundancia”, “vida en armonía y conformidad con toda la creación”: ahí está el centro de la promesa bíblicamente expresada por la palabra “paz”. Pero esta promesa no se da en nuestra experiencia, no está dada sin más. La promesa de Dios no puede ser simplemente reconocida desde el mundo. La fe, sin embargo, significa dejar que toda la vida sea llenada y conducida por esta promesa. La Biblia da testimonio de muchas experiencias diferentes con esta promesa y esperanza en la larga historia de Israel, con todos sus altibajos. Y una y otra vez, a pesar de todas las adversidades y de las refutaciones aparentemente evidentes, irrumpe la confesión que el Libro de la Sabiduría resume en una maravillosa frase, expresando así la razón de la bendición para todos los pueblos:

[Tú, Señor,] Amas a todos los seres
y no aborreces nada de lo que has hecho;
si hubieras odiado alguna cosa, no la habrías creado.
Y, ¿cómo subsistirían las cosas si tú no lo hubieses querido?
¿Cómo conservarían su existencia si tú no las hubieses llamado?
Pero a todos perdona, porque son tuyos, Señor, amigo de la vida. (Biblia de Nuestro Pueblo,
2016, Sabiduría 11:24-26)

“Amigo de la vida” y, por tanto, también razón de la vida y razón de la paz. Pero qué significa “vida en abundancia” en términos reales, qué experiencias y condiciones están conectadas con ella, cuáles, de hecho, tienen que estar conectadas con ella, está explicado en la Sagrada Escritura con toda honestidad y dramatismo, porque ella recoge sin censura las experiencias de fe con las promesas del Señor. La Biblia es para mí una gran escuela de sobrio realismo y, por tanto, también una escuela de esperanza radical. El libro de los Salmos, en particular, sigue estando cerca de nuestros corazones hasta el día de hoy, porque quienes ahí rezan no tienen pelos en la lengua y en la oración confían al Señor todos sus estados de ánimo, desde el canto jubiloso del “aleluya” hasta el grito de dolor desconsolado. Más aún, insisten al Señor, discuten con él, gritan toda su ira y su desesperación. La oración no tolera la autocensura, no conoce las palabras falsas, sino que estas salen honestamente del fondo del corazón y, con ellas, se confía la vida en toda su profundidad al Creador del cielo y de la tierra, y así se entrega, se ofrece (Metz, 2017). Por eso también hoy podemos rezar con los creyentes de hace más de 2000 años y encomendarnos así a Dios.

Cuando leemos los Salmos de esta manera, caemos en la cuenta de que la palabra de Dios no expresa primero una afirmación, una transmisión de información o una instrucción moral, sino que quiere ser una fuerza que nos transforme. Los filósofos hablan del poder performativo del lenguaje. La llamada “teoría de los actos de habla” fue introducida por primera vez en el debate filosófico reciente por John L. Austin (1962). La terminología de hoy fue introducida por John Searle (1969). El lenguaje no solo afirma e informa, sino que actúa y provoca, cambia y crea así una nueva realidad. Siempre crea comunidad. Puede consolar y fortalecer. Puede hacer surgir la amistad, crear confianza, expresar el amor y, por tanto, también crear matrimonios. Pero las palabras también pueden dividir, herir, exaltar e incluso matar. Jesús lo dice muy claramente en el Sermón de la Montaña, cuando se refiere a la palabra oculta en nuestros corazones: el asesinato, el adulterio y la enemistad (Biblia de

Nuestro Pueblo, 2016, Mateo 5:21-48). Por eso, también dice: “Felices los limpios de corazón, porque verán a Dios” (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Mateo 5:8).

Pero como estamos convencidos de que las Sagradas Escrituras están inspiradas por el Espíritu Santo: “La Escritura entera es inspirada por Dios y es útil para enseñarnos, para reprendernos, para corregirnos y para indicarnos cómo llevar una vida justa” (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, 2 Timoteo 3:16), y de que nosotros, que las leemos, estamos también abrazados por el mismo Espíritu, podemos recordar que toda la Sagrada Escritura quiere hacer lo que caracteriza al Espíritu: *vivificantem*, vivificar, dar vida. La Escritura demuestra ser inspirada porque, al igual que el Espíritu, da vida. También el anuncio y la enseñanza de la Iglesia deben ser movidos por este Espíritu si se mantienen en la vía del Evangelio: “dar vida”. Por eso, al hablar de la Escritura y la enseñanza de la Iglesia, se trata sólo de aquello en lo que el propio Jesús resumió su misión: que tengan vida, y la tengan en abundancia.

1.1. La vida en abundancia según la Escritura: La paz y la justicia se besan

El Salmo 85 expresa poéticamente lo que la palabra paz/*shalom* abarca en toda su plenitud cuando proclama:

Demuéstranos, Señor, tu amor y danos tu salvación.
Voy a escuchar lo que dice Dios:
el Señor ha prometido bienestar a su pueblo,
y a sus amigos, que confían nuevamente en él.
La Salvación ya está cerca de sus fieles,
y su Gloria habitará en nuestra tierra.
El amor y la verdad se dan cita,
la justicia y la paz se besan;
la verdad brota de la tierra,
la justicia se asoma desde el cielo.
Con una orden el Señor nos dará la lluvia,
y nuestra tierra nos dará su cosecha.
La justicia caminará delante de él,
la paz seguirá sus pasos. (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Salmo 85:8-14)

“Paz” (*shalom*)², según la Escritura, significa una condición de vida integral y sanadora, nunca simplemente la ausencia de guerra. “*Shalom/paz*” denota un acontecimiento relacional en el que toda la vida –de hecho, todo el cosmos– goza de plenitud o de un estado de bienestar integral. Las condiciones personales y objetivas se integran en ella, al igual que las circunstancias políticas internas y externas. También está implícita esa armonía con la naturaleza, a través de la cual es capaz de mostrar su fertilidad. Esa vida es posible gracias a una estructura, a unas reglas, que en la Escritura se expresan como “justicia” (*sedak*). Por tanto, la paz y la justicia van indisolublemente unidas. Esta paz, que caracteriza a la creación en su origen y que los profetas recuerdan como esperanza del reino

² Las consonantes hebreas *slm* se encuentran en toda la familia de las lenguas semíticas, por tanto también en el árabe. Estas consonantes están en la raíz de la palabra paz en árabe (*salam*) y por tanto también de la autodenominación “Islam”. Desde esta raíz lingüística, la paz es también una preocupación central de la tradición musulmana. El Papa Francisco se basó en esto cuando cerró el acuerdo de Abu Dabi con gran parte de la tradición sunita el 4 de febrero de 2019 (Francisco y Ahmad Al-Tayyeb, 2019).

mesiánico, puede experimentarse de forma simbólica en el día de descanso, el sábado (*Shabat*). Es cierto que la creación se describe como muy buena (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Génesis 1:31), pero solo el *Shabat* es bendecido por Dios con su propia realidad: el séptimo día es santificado (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Génesis 2:3). Así, no es el ser humano la culminación de la creación, sino el *Shabat*. La Torá con sus reglas del *Shabat* ha mantenido, por tanto, el recuerdo de otro modo de estar el ser humano en el mundo: no en la producción y el trabajo laborioso, sino como un *estar ante Dios y estar con todas las criaturas*. Un recordatorio al que volveré más adelante.

Por eso *Shalom* sigue siendo una misión y un anhelo, porque esta palabra significa el orden del mundo y de la vida que permite justamente que la vida se desarrolle; y eso en todas las dimensiones. En este sentido, “paz/*shalom*” corresponde a lo que la Biblia entiende por bendición. La bendición y la paz se corresponden.

Por lo tanto, el *shalom* puede ser prometido y deseado no solo a Israel, sino a todos los pueblos. La costumbre de saludarse con la palabra *shalom* es hermosa. Aun hoy se usa en Oriente, también por parte de los musulmanes (*salam*). Por eso, cuando comenzamos nuestras oraciones y liturgias con el saludo de la paz, nos situamos en el espacio de esta promesa y esperanza (Cuando bendecimos a los muertos con las palabras “*requiescat in pace*”, no se expresa originalmente un ser en reposo y sueño, sino una vida en la plenitud de Dios. Este pensamiento puede encontrarse todavía en la explicación de Boecio, 1968). Pero como seguimos viviendo en un mundo roto, la esperanza y la promesa también incluyen aquellas formas y actitudes a través de las cuales se logra la paz y se renueva la vida. Aunque la paz es siempre un don de Dios, este don es siempre también una tarea del ser humano, una tarea beatífica: “Felices los que trabajan por la paz” (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Mateo 5:8).

1.2. Paz/Shalom: esperanza del pueblo y don de Dios

Si la petición y deseo de paz se siguen utilizando como fórmula de saludo, entonces podemos decir que la petición y el deseo de paz mueven a todas las personas. Esta fórmula también aparece en la Biblia: “La paz esté contigo” (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Jueces 19:20). Hemos adoptado esta fórmula en nuestra liturgia cuando la liturgia comienza con las palabras: “La paz esté con ustedes”. Incluso en varios nombres se ha inscrito este anhelo primordial del ser humano. Algunos descubren esta raíz en el nombre “Salomón”. El anhelado gobernante es llamado a menudo “Príncipe de la Paz” (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Génesis 14:18-33; Salmo 76:3; Isaías 9:6). Sin duda, esta esperanza está incorporada en el nombre de la ciudad “Jerusalén” (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Isaías 60:17; Jeremías 33:6; Salmo 122:7; 12:55; 128:6).

Pero siempre Dios es y sigue siendo la razón de la paz (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Salmo 122:6-8). Sí, la realidad de Dios significa paz, es decir: estar con Dios, vivir según sus mandamientos, permite un bienestar integral, por lo tanto, como ya se ha dicho, la paz y la bendición a veces

pueden significar lo mismo. Además, el Antiguo Testamento no distingue claramente entre formas teológicas y político-sociales de la paz, si bien las Escrituras sí conocen la normativa correspondiente: tratados y ley marcial. Y, con todo, la guerra parece ser parte de la vida, como el día y la noche (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Eclesiastés 3:8). Una opinión que fue válida hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

Quizás fue la austriaca Bertha von Suttner (1843-1914) la primera en interrumpir esta autoevidencia (Suttner, 1906). Ella había inspirado a Alfred Nobel para dotar también el Premio Nobel de la Paz. Fue la primera en recibir este premio en 1905.

Un nuevo tono resuena en las profecías de salvación que aún hoy se conocen. Es una visión global de la paz que también integra la creación y está vinculada a la persona del Mesías (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Isaías 11:1-11). Pero también el Siervo de Dios, con su sufrimiento vicario, se convierte en motivo de paz (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Isaías 53:5). Que la paz se convierta en el objetivo de la política es también un legado de la Biblia. Hoy, sin embargo, esta idea de paz debe interpretarse como la esperanza de una salvación integral. Esto incluye sobre todo la gran visión de que un día las espadas serán forjadas en arados (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Miqueas 4:1-5; Isaías 2:2-4). De particular importancia entre estas visiones es el anuncio de un príncipe de la paz (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Isaías 9:1-6). La guerra parece ser descalificada como tal, porque el destino último del rey parece estar solamente en la paz.

Resumamos brevemente la raíz judía de la fe cristiana. “Paz/*shalom*” en el Antiguo Testamento denota esa condición de vida que era propia del Paraíso y que se espera del Mesías escatológico como Príncipe de la Paz. Esta condición de vida abarca a toda la creación y no puede pensarse solo como la ausencia de violencia y guerra, sino que significa un bienestar integral de todas las criaturas en armonía con su Creador. La razón última de esta paz es, por tanto, Dios mismo. La paz es siempre un don de Dios, ese don en el que puede florecer la vida plena. Por lo tanto, se puede agradecer y rezar por ella. El sábado es el recordatorio y signo de realización cotidiano de ese sentido primigenio de la creación entera.

1.3. Jesucristo, el Príncipe de la Paz, es nuestra Paz

Muchas de estas perspectivas y esperanzas se concentran en Jesucristo como la esperanza que el Nuevo Testamento nos regala. El Evangelio de Lucas presenta a Jesucristo como el Príncipe de la Paz, al que los ángeles cantan en su nacimiento (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Lucas 2:8). La paz se convierte en salvación: la salvación de todo el mundo, por eso triunfa sobre todo lo que restringe, destruye o aniquila la vida. El camino que traza para todos es el de ese mandamiento en el que se resumen la Ley y los Profetas: Ama a Dios y a tu prójimo como a ti mismo (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Lucas 10:27). Tal camino se hace presente y todas las personas de todos los tiempos pueden participar en él, a través de la misericordia. Sus parábolas del buen samaritano (Biblia de Nuestro

Pueblo, 2016, Lucas 10:15-37) y del padre misericordioso (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Lucas 15:11-32) son transculturales y pueden ser entendidas y vividas en todo momento. Por ello es coherente que, en el camino del Príncipe de la Paz, todo lo que restringe o destruye la vida sea superado: enfermedad, posesión maligna y muerte. Sin embargo, esto no significa un desarrollo libre de conflictos. La paz solo llega cuando se han expuesto las falsas seguridades y las soluciones engañosas: “¿Piensan que vine a traer paz a la tierra? No he venido a traer la paz, sino la división” (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Lucas 12:51). Pero Jesús no lo deja en el reproche. Él mismo recorre ese camino por el que se superan las aberraciones de la violencia, para mostrar cómo se vence a la muerte. Él recorre el camino de la misericordia y de la entrega, del amor indefenso, hasta el extremo de la muerte en la cruz. El mensaje de la mañana de Pascua revela la realidad última de su Padre, cuya figura había dibujado previamente en su maravillosa parábola del Padre misericordioso (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Lucas 15:11-32). Jesús ya había presentado esta máxima de toda acción cristiana en el discurso de la llanura: “Sean compasivos como es compasivo el Padre de ustedes” (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Lucas 6:36).

Pero esto revela una manera de cómo, en medio de un mundo de guerra, violencia y restricción de la vida, se puede plantar y puede crecer esa paz que hace posible la vida plena, completa y total. Es el camino de la misericordia creativa, que perdona al hijo que ha huido antes de que pueda hablar. Siempre sale a nuestro encuentro primero (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Lucas 15:20). Esta misericordia amorosa se arriesga a adelantarse, da el primer paso. No nos obliga, pero nos atrae y provoca nuestra propia conversión. De este modo, Lucas también parece trazar un contraste con la “*Pax romana*”, según la cual la paz y, por tanto, la cultura, se basa en la ley sostenida por la fuerza de las legiones romanas. Virgilio (2006) puso en palabras la ideología cultural romana en la Eneida: “...tú, romano, piensa en gobernar bajo tu poder a los pueblos (estas serán tus artes), y a la paz ponerle normas, perdonar a los sometidos y abatir a los soberbios” (libro 6, línea 851). Por eso, los discípulos anunciarán hasta los confines de la tierra la nueva paz de Cristo y la creatividad de la misericordia (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Hechos de los Apóstoles 7:26; 9,31; 15,23), porque él es el Señor de todo (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Lucas 10:36).

Pablo había descrito previamente la reconciliación universal, a través del camino y la entrega de Jesucristo. Cristo, nuestra paz, hizo la paz entre judíos y gentiles. Ha hecho de todo un solo cuerpo, el suyo (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Efesios 2:14-22). Según la Carta a los Efesios, el matrimonio es también un signo de esta paz por medio de la reconciliación, porque es un signo de la fidelidad de Cristo a su Iglesia (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Efesios 5:32). El matrimonio y la familia son retoños de la paz porque deben ser una escuela de reconciliación y misericordia.

La Carta a los Colosenses también traslada la perspectiva de la reconciliación a lo cósmico (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Colosenses 1:20). Así, la paz de Cristo puede reinar en nuestros corazones (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Colosenses 3:15). Es el efecto de la mística primigenia de

Pablo, que confiesa: "He quedado crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí" (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Gálatas 2:20). Y más: "Y mientras vivo en carne mortal, vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí" (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Gálatas 2:20). A esta luz también podemos interpretar la doctrina tradicional de la justificación: "por medio de Cristo, con él y en él, podemos encontrar la paz con Dios, con el prójimo y con nosotros mismos" (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Romanos 3:8). Al igual que la alegría y el amor, la paz es un fruto del Espíritu Santo (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Romanos 14:17; Gálatas 5:22). Esta paz es ya el don para los creyentes, que se convierte en una tarea mientras el mundo todavía sufre y la victoria de Cristo no se ha hecho aún evidente en la historia.

De forma análoga, el Evangelio de Juan también relaciona el don de la paz con Jesucristo. La paz es el don del Resucitado, que es radicalmente diferente de la paz que da el mundo. El Resucitado promete esta paz como un don del Espíritu, el Consolador, a sus discípulos especialmente en su ausencia:

El Defensor, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, les enseñará todo y les recordará todo lo que [yo] les he dicho. La paz les dejo, les doy mi paz, y no como la da el mundo. No se inquieten ni se acobarden. (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Juan 14:26-27)

A esta paz corresponde una completa liberación del miedo. "No temas": así saluda el ángel a María, así saluda el Resucitado a los discípulos, así nos saluda a nosotros, cada mañana.

El contraste con el mundo, que en aquella época era probablemente el mundo del poder dominante de Roma, se expresa quizá con mayor claridad en el relato pascual de Tomás, el incrédulo, quien responde a la palabra de Jesús con el título que desde Calígula se había adoptado para el emperador romano: "*Kyrios kai theos*, ¡Señor mío y Dios mío!" (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Juan 20:28). Así, Tomás niega no solo al emperador, sino a todo poder mundano cualquier atributo divino. De este modo, los creyentes en Cristo rechazan al emperador como fundador del orden en este mundo (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Romanos 13). Rezaban por el emperador, afirmaban su lealtad al Estado, pero se negaron a adorarlo, lo sometieron a la norma del Evangelio. Esto implicó desdivinizar la política. Ese fue el primer paso hacia su secularización. Hoy esto significa que el poder político debe medirse en torno a la protección y promoción de la vida de las personas. Al mismo tiempo, esta profesión de fe deja claro que la confesión cristiana de Jesucristo solo tiene sentido y religiosamente no es absurda si la presencia de Dios es real en esta persona. Que pongamos toda nuestra esperanza en Él, que le adoremos y que seamos llevados a la vida misma de Dios con Él, por Él y en Él, es lo que el Credo quiere, primero, recordar y, luego, proteger. Esta confesión de la presencia de Dios en Jesucristo se encuentra ya en los documentos más antiguos del Nuevo Testamento, en las cartas de San Pablo.

Resumamos entonces la concentración neotestamentaria del mensaje de la paz en la persona de Jesucristo. En el Nuevo Testamento se interpretan las distintas esperanzas de Israel en función de

las distintas formas de la presencia de Cristo. En su persona terrenal primero, y luego en las formas de la presencia del Resucitado; así también en su Iglesia y en todos los creyentes. Él es nuestra paz, es decir, en él la vida se completa y llega a un bienestar total. Hoy se habla de “salvación”. En la figura de Jesucristo, en su enseñanza, en su vida y en su entrega en la muerte, se hace visible un camino de cómo, en medio de un mundo de discordias de todo tipo, esta esperanza no solo no puede perderse, sino que crece y florece de nuevo. Por último, la Iglesia, su Iglesia, se convierte en el lugar donde se ha de experimentar esta esperanza. Traer la paz y hacer posible la vida es el mandato misionero hasta hoy. En el libro de los Hechos, Lucas sigue este camino de forma constante hasta que Pablo llega finalmente a Roma. Sin embargo, en comparación con la esperanza del Antiguo Testamento, se puede reconocer un nuevo acento: la paz interior que radica en la comunión con Cristo ya está dada. Nadie puede quitársela a los creyentes. Es el centro que quiere irradiar y contagiar. El mundo ya está derrotado. La victoria de Cristo contrasta con los caminos del mundo, porque abre el camino de la misericordia, la reconciliación y el perdón. El camino que abre el Evangelio es el del amor creador sin límites. A este respecto, las palabras de Gandhi citadas al principio pueden modificarse: “Para los creyentes en Cristo, no existe un camino para la paz, ¡Cristo es el camino!”

2. Iglesia(s) cristiana(s) como promotoras de la paz

Si tomamos como punto de partida el Concilio Vaticano II para introducir algunos desarrollos y experiencias desde la perspectiva europea, que, con todo, justamente mirando el último año, deben llevarnos a relativizar algunos planteamientos. Con esto quiero decir que la concentración del problema de la paz en las relaciones interestatales y en los procesos sociales se orientaba demasiado al problema de la violencia y no tenía esa perspectiva global que acabamos de aprender de la Biblia. Los europeos no siempre fuimos conscientes de que nuestra paz se basaba en una prosperidad creciente, que también podía estarse desarrollando a costa de los países más pobres del Sur y de los recursos de toda la humanidad. Aquí la teología de la liberación ha podido abrirnos un poco los ojos.

Esta evolución se debe probablemente al hecho de que, en el periodo postbíblico, la idea bíblica de la paz se escindió: la cuestión de la paz se convirtió cada vez más en una cuestión de guerra y paz y, por tanto, en una cuestión de ética o de doctrina social. Los otros aspectos fueron retomados en la soteriología y relacionados más fuertemente con la salvación eterna. El bienestar de la naturaleza y de todos los seres vivos se ignora cada vez más, sobre todo en la época moderna. Incluso el Concilio Vaticano II es casi ciego a esto.

Solo la cuestión espiritual de la paz individual o personal, que ha permanecido presente sobre todo como meta de la mística, ha conservado cierta continuidad. Para ello son clásicas las palabras de San Agustín (2010) “Tú le incitas [al ser humano] a que le deleite alabarte, porque nos has hecho

para ti, e inquieto está nuestro corazón hasta que descansa en ti” (p. 116) Aunque la Regla de San Benito (2021, pról. 17, caps. 4, 17 y 73) también conservó la orientación hacia la paz, al mismo tiempo, perdió cada vez más el aspecto de relación con el conjunto de la naturaleza. Creo que podemos percibir con gratitud la notable evolución que se ha producido en esto desde el Concilio Vaticano II y que ha culminado con las dos grandes encíclicas del Papa Francisco *Laudato si'* (2015) y *Fratelli tutti* (2020).

La nueva orientación elegida como concepto del Vaticano II para nuestro tema se basa en el discurso del Papa Pablo VI ante la Organización de las Naciones Unidas (ONU) (4 de octubre de 1965) y en la Constitución Pastoral *Gaudium et spes*. La Iglesia Católica muestra que su actitud se distingue de la actitud del Estado o gobierno y asegura así su anclaje en la sociedad civil y trabaja por una paz ilimitada como parte de la sociedad, como parte de una sociedad civil no conformista.

Pablo VI se presenta ante la ONU como portador de un mensaje y portavoz de todos los fieles de Cristo que, tras un largo peregrinaje, se permite buscar el diálogo con toda la humanidad en ese lugar. Alaba la obra de la ONU como experta en humanidad y se plantea solidario a su lado, al lado de los que, como humanidad, quieren superar la guerra. Insistentemente realiza su llamado:

Nunca jamás los unos contra los otros; jamás, nunca jamás. ¿No es con ese fin sobre todo que nacieron las Naciones Unidas: contra la guerra y para la paz? Escuchad las palabras de un gran desaparecido: John Kennedy, que hace cuatro años proclamaba: «La humanidad deberá poner fin a la guerra, o la guerra será quien ponga fin a la humanidad». No se necesitan largos discursos para proclamar la finalidad suprema de vuestra organización. Basta recordar que la sangre de millones de hombres, que sufrimientos inauditos e innumerables, que masacres inútiles y ruinas espantosas sancionan el pacto que os une en un juramento que debe cambiar la historia futura del mundo. ¡Nunca jamás guerra! ¡Nunca jamás guerra! Es la paz, la paz, la que debe guiar el destino de los pueblos y de toda la humanidad. (Pablo VI, 1965a, no. 8)

Pero el Papa sabe que la paz es mucho más que eso: “La paz, como sabéis, no se construye solamente mediante la política y el equilibrio de las fuerzas y de los intereses. Se construye con el espíritu, las ideas, las obras de la paz” (Pablo VI, 1965a, no. 9). Superar la guerra como acontecimiento histórico requiere ideas y valores que deben estar profundamente fundamentados, porque el verdadero peligro del presente proviene del ser humano:

... el edificio de la civilización moderna debe levantarse sobre principios espirituales, los únicos capaces no sólo de sostenerlo, sino también de iluminarlo. Y esos indispensables principios de sabiduría superior no pueden descansar —así lo creemos firmemente, como sabéis— más que en la fe de Dios. ¿El Dios desconocido de que hablaba San Pablo a los atenienses en el Areópago? (Hch 17, 23). ¿Desconocido de aquellos que, sin embargo, sin sospecharlo, le buscaban y le tenían cerca, como ocurre a tantos hombres en nuestro siglo? Para nosotros, en todo caso, y para todos aquellos que aceptan la inefable revelación que el Cristo nos ha hecho de sí mismo, es el Dios vivo, el Padre de todos los hombres. (Pablo VI, 1965a, no. 15)

En este discurso, Pablo VI ya se había referido a la Constitución Pastoral, aprobada finalmente el último día del Concilio. En ella, la política de paz se convierte explícitamente en tarea de la

comunidad internacional (Pablo VI, 1965c, arts. 77-90). Con una visión clara, el texto esboza la situación: el peligro de la guerra con armas nucleares (Pablo VI, 1965c, arts. 79-80) y las consecuencias de la carrera armamentista sobre todo para los pobres (Pablo VI, 1965c, art. 81). Por eso, por primera vez, la Iglesia se pronuncia por la condena incondicional de la guerra (Pablo VI, 1965c, art. 82) y pide una educación integral para la paz (Pablo VI, 1965c, art. 83). Solo si se descubren y se superan sus causas se podrá superar la guerra. Como orientación, el Concilio elaboró una definición de paz que sigue siendo útil hasta el día de hoy (Pablo VI, 1965c, art. 77). No hay que olvidar que este compromiso por la paz se inscribe en una nueva forma de cooperación internacional, que la ONU defiende y en la que la Iglesia está dispuesta a aportar sus posibilidades (Pablo VI, 1965c, art. 84-90).

Lo que el Concilio estableció ha sido desarrollado y presentado convincentemente hoy en el *Compendio de Doctrina Social de la Iglesia*. Considero que este texto es extremadamente importante. Desgraciadamente, todavía no se ha tenido suficientemente en cuenta. En la segunda parte, en el capítulo undécimo, no solo se presenta la enseñanza de la Iglesia sobre la paz (Pontificio Consejo «Justicia y Paz», 2005, arts. 488-520), sino que se recuerda el compromiso de la Iglesia en este ámbito como una tarea esencial de su misión: “La promoción de la paz en el mundo es parte integrante de la misión con la que la Iglesia prosigue la obra redentora de Cristo sobre la tierra” (Pontificio Consejo «Justicia y Paz», 2005, art. 516).

Del desarrollo postconciliar quisiera recordar otro acontecimiento que de manera especial hizo que la Iglesia se reconociera públicamente como promotora de la paz: la oración por la paz en Asís, desde 1986. El Concilio había comprometido a la Iglesia, como parte de su misión, a un diálogo universal con todas las personas de buena voluntad, que en principio no excluye a nadie (Pablo VI, 1965c, art. 92). La idea básica proviene de Pablo VI, que en su primera encíclica (*Ecclesiam suam*, 6 de agosto 1964) exigió que la Iglesia adoptara la forma del diálogo y la conversación: “La Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio” (Pablo VI, 1964a, art. 34). Este es el modo en que Dios mismo ha configurado su historia de salvación y aún hoy sale a nuestro encuentro (Pablo VI, 1965b, art. 21). Una Iglesia que quiere ser sacramento universal de salvación (Pablo VI, 1964b, art. 48; Pablo VI, 1965c, art. 44) debe, por tanto, ser reconocible también en sus acciones por el modo en que Dios, a través de Jesucristo, se relaciona con los seres humanos en el Espíritu.

En una idea inspiradora, Juan Pablo II invitó a todos los líderes de las grandes religiones del mundo a Asís el 27 de octubre de 1986 para una reunión de ayuno y oración por la paz. De la abundante literatura disponible solo me gustaría mencionar: Riedl (1998); Siebenrock y Tück, (2012); Waldenfels (1987). Eso fue antes de 1989 y mucho antes del 11 de septiembre de 2001. ¿Por qué no dejar que el siglo XXI comience con la primera oración por la paz en Asís en 1986?

Hasta hoy, los papas han continuado con esta iniciativa. Benedicto XVI invitó a los no creyentes a unirse en 2011. Por supuesto, el Papa Francisco la ha continuado. Más de una vez ha peregrinado a Asís con otros. Muchos grupos de la Iglesia han hecho suya esta preocupación y siguen llevando a cabo este proceso en la actualidad. Este compromiso con la paz en la Europa de hoy es ecuménico e interreligioso como algo natural. También lo apoyan los no creyentes. El grupo de *Sant'Egidio* reza por la paz una vez a la semana en el centro de Innsbruck. No es necesario justificar esto después del ataque a Ucrania. Así, hoy se habla del “espíritu de Asís”.

Podrían mencionarse muchos más acontecimientos y eventos que subrayan que no solo nuestra Iglesia, sino todos los creyentes en Cristo han vuelto a tomar en serio lo que era y es la esperanza de la Biblia: “Apártate del mal, obra bien, busca la paz y sigue tras ella” (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Salmo 34:14).

3. El trabajo por la paz como camino hacia una vida plena

En esta tercera parte, me gustaría resumir muy brevemente los niveles en los que el servicio por la paz es necesario y posible, y por qué este *hacer la paz* nos hace felices y nos enriquece. También estoy convencido de que todos nosotros, cada persona, puede trabajar por la paz en sentido amplio, en el marco de su vida y responsabilidad. Todos podemos vivir esta paz, que en definitiva es Cristo mismo. Es cierto que también somos impotentes en cierto sentido, porque probablemente no podremos superar la guerra en esta historia, pero eso no cambia el hecho de que trabajar por la paz no solo tiene sentido, sino que nos hace dichosos. La felicidad no está en la meta y el éxito, sino en hacer lo justo en el camino del Evangelio de Jesucristo. De hecho, Jesús no alabó a los exitosos, sino a los que trabajan por el Reino de Dios, es decir, a los que trabajan por la paz. Al vivir para el reino de Dios, toma forma ese amor que ya aquí nos da una experiencia sacramental del cielo. El compromiso por la paz nos da la paz a nosotros mismos, porque somos capaces de experimentar la razón y la meta de la paz: el Cristo vivo.

Como guía para este último apartado, me gustaría poner ante nosotros la cita del Cardenal Raúl Silva Henríquez de 1977: “Si quieres la paz, trabaja por la justicia’... Y si alguien nos pregunta: ‘¿qué es la justicia?’ o si acaso consiste solamente en ‘no robar’, le diremos que existe otra justicia: la que exige que cada hombre sea tratado como hombre” (citado en Francisco, 2018, párr. 9).

A continuación, menciono cuatro dimensiones del trabajo por la paz relacionadas con las determinaciones básicas de la existencia humana. Nuestra vida humana está profundamente arraigada en ciclos y redes de relaciones precedentes. Me gustaría desplegarlas desde la unidad personal más pequeña. Al distinguir estas dimensiones en lo que sigue, quiero subrayar, desde el principio, que no pueden separarse unas de otras, pero hay claros cambios de énfasis que sugieren

una distinción. Según el lema del filósofo de Innsbruck, Otto Muck, de la mejor tradición jesuita: *Quien diferencia, no separa* (Wandinger, 2008, párr. 49).

3.1. “Ubuntu” como misión de paz: aceptación y reconciliación

La cultura africana utiliza el término “ubuntu” para describir la unidad social más pequeña de la humanidad, la comunidad social primaria en su hábitat cultural y natural en la que nacemos: padres, hermanos, parientes y el vecindario inmediato en su ubicación regional. En África se suele decir: *Porque nosotros somos, yo soy*. Prefiero esta visión a la de la europea moderna, porque corresponde más a la dimensión social y natural del ser humano. La tradición europea, en cambio, sigue caracterizándose por la prioridad del sujeto, que –incluso en la obra del filósofo judío de la religión Martin Buber– solo se relaciona con el otro a posteriori. También en la teología alemana, la “autonomía del sujeto” sigue siendo muy importante hoy en día.

Este “ubuntu” tiene dos rasgos característicos. En primer lugar, yo no he elegido esta unidad original. Nací en ella. Es mi destino. En segundo lugar, puedo establecer una relación personal con todos los miembros de esta unidad social, porque ellos tuvieron una relación conmigo primero. Conozco sus nombres, sus caras y también, según el caso, su historia. Así, “ubuntu” se define por la preexistencia y la proximidad. Sin embargo, esta unidad no es una isla de los bienaventurados, sino que está formada desde el principio por tradiciones, rivalidades permanentes y conflictos. Estas tradiciones, sin embargo, dan forma –para bien o para mal– a cada persona individual; incluso antes de que haya despertado a la conciencia y a la libertad. Este es mi destino, lo que he heredado de la historia. No escaparé de ella durante el resto de mi vida. Así, lo mucho que el daño, en tal contexto, afecta a las personas a lo largo de su vida es tan evidente como el regalo que implica una buena socialización inicial. Aquí es precisamente donde radica el problema de los abusos. Tiene el efecto más devastador precisamente donde las relaciones deberían caracterizarse por un presupuesto de confianza y reconocimiento, pero, entonces: ¿cómo es posible la paz si se excluye la “huida”?

Sin poder mencionar aquí todos los aspectos, me gustaría señalar que vivir la paz en esta unidad del “ubuntu” es una tarea cotidiana para la que pueden ser útiles las siguientes orientaciones. Aunque, en un principio, estoy completamente inmerso en esta unidad, ya que mi forma, mi lenguaje y mi comportamiento están moldeados por ella, solo puedo cambiar algo al respecto si la he aceptado inicialmente como mi condicionante. Esto ocurre primero de forma instintiva; más tarde, sin embargo, se convierte en una tarea de libertad humana.

¿Puedo reconciliarme conmigo mismo? El primer fruto de la fe sería no querer ser otro/otra que quien soy³. Aquí, el más antiguo principio cristiano de la redención adquiere el mayor significado: lo que no se asume, no se redime (Cf. Denzinger y Hünemann, 2006, no. 146 y Migne,

³ ¿Quién se habría elegido a sí mismo si hubiera tenido la oportunidad? Casi nadie.

1875, col. 633). Lo primero, entonces, es la aceptación, porque nada puede ser reprimido en este nivel. Lo segundo es el desarrollo del don del discernimiento entre lo que puedo cambiar y lo que me queda. Esto requiere una doble actitud: gratitud y perdón, así como dejar ir y confiar.

Con “gratitud y perdón” me refiero a lo siguiente. Con el paso del tiempo, reconozco cada vez más los déficits y también las heridas que he recibido de esta inserción en mi contexto. Entonces es bueno recordar conscientemente las cosas buenas que también he experimentado. En la actitud de gratitud, me libero de esos nudos que me atarían cada vez con más fuerza en la mera lucha o en la rebelión contra mis heridas. El perdón es un requisito importante para la libertad y la liberación. “Dejar ir y confiar” se refiere a esa manera de tratar con los “residuos” de esta tradición que no puedo cambiar. No puedo luchar contra ellos por la fuerza y no puedo ordenarles que se vayan. La tradición budista dice con gran sabiduría que no debo aferrarme a ella. Aunque siguen dando vueltas a mi alrededor, no me determinan. En mi tradición católica, me ha resultado útil soltar estas cosas en un altar de María con una vela, para confiarlas a la misericordia de Cristo y al amor de su Padre, a través de la Madre de Jesús; pero esto significa: renuncio a hacerme un juicio definitivo, no me doy aires de grandeza. La palabra de Jesús “no juzguen y no serán juzgados” (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Mateo 7:1) es de profunda calidad terapéutica, pues me libera, porque ya no me ato más a las personas, puedo dejarlos ir y también “decepcionarlos” en el mejor sentido de la palabra y he aprendido que esto también me da una nueva perspectiva sobre estas experiencias y personas.

3.2. Una posible cultura de la amistad y la justicia en el entramado de unidades sociales cada vez más grandes y manifestaciones institucionales cada vez más complejas

Hoy en día, la vida humana está integrada en un entramado de unidades sociales cada vez más grandes y complejas; mientras la libertad de elección y de decisión sigue siendo posible en el espacio social inmediato, pronto nos encontramos con el fin de nuestras opciones individuales directas en las entidades sociales más amplias. Aquí, el sociólogo alemán Niklas Luhmann (2006) habla de sistemas sociales con su propia lógica y dinámica en el texto: *Un análisis de la situación en América Latina a través del lente de la teoría de sistemas* (Birle et al., 2012). El hecho de que determinen profundamente nuestras vidas no necesita ser explicado luego de los acontecimientos mundiales del último año. Las interdependencias mediáticas y económicas lo subrayan suficientemente.

En el ámbito más cercano, las decisiones libres siguen siendo posibles y, por lo tanto, el discurso de la amistad sigue siendo comprensible. Esta retórica se sigue practicando entre las naciones. En este contexto, la cuestión de la justicia se formula más adecuadamente. Se plantea entonces no solo la cuestión de la justicia dentro de las naciones, sino también la de un orden mundial justo; sin embargo, como estas entidades también tienen su historia, las experiencias y cuestiones de “ubuntu” tampoco son obsoletas aquí. ¿Cómo se pueden establecer relaciones que

apoyen y promuevan el anhelo de vivir? ¿Cómo se puede prevenir o contrarrestar la destrucción? En este contexto, no es primero el conflicto interestatal lo que interesa, sino sobre todo las diversas dislocaciones sociales. Pero, ¿cómo se pueden tratar y transformar los problemas del pasado (guerra, colonialismo, opresión, etc.)? La Iglesia Católica no tiene ninguna solución exclusivamente suya que ofrecer aquí, sino que se incorpora al diálogo por un mundo más justo y lo hace con sus principios antropológicos y de teoría social. Aquí, los creyentes en Cristo se remiten también a la experiencia y a la razón. En este contexto, no hay alternativa para que la Iglesia abra el diálogo.

La política europea después de la Segunda Guerra Mundial contaba con dos instrumentos esenciales para resolver los conflictos nacionalistas europeos. Con la fundación de la Comunidad Económica Europea, origen de la posterior "Unión Europea", las industrias relacionadas con la guerra se internacionalizaron y, por tanto, se sustrajeron a la soberanía nacional. Este principio de confiar el derecho de los *Estados-nación* a la comunidad europea y, por tanto, al proceso de consenso de todos los *Estados de la Unión*, sigue vigente hoy en día. El segundo instrumento se basaba en la esperanza de que las tensiones y crisis interestatales pudieran superarse mediante la interdependencia económica. "El cambio mediante el acercamiento", era el lema. Esta idea se ha roto este año. Además, el "Brexit" ha demostrado que la unificación europea no es irreversible.

Pero la dinámica en la convergencia acelerada de ciencia, tecnología, mercado y medios de comunicación continúa. El optimismo del progreso –la esperanza secular de salvación– no se ha extinguido. En la actualidad se ve alimentada por el llamado "transhumanismo" y la revolución digital, que ofrecen la perspectiva de una inmortalidad virtual. El Concilio, en su momento, intentó presentar un análisis global como tarea esencial de una "teología en los signos de los tiempos". Fue el primero de este tipo realizado por una institución importante (Pablo VI, 1965c, arts. 4-10). Este progreso de la sociedad, cuya característica decisiva es la aceleración del cambio, puede configurarse, como dice el Concilio, para lo peor y para lo mejor (Pablo VI, 1965c, art. 9): hacia la autodestrucción nuclear o hacia una sociedad humana que respete los derechos humanos y, por tanto, la justicia. Este año hemos tenido que aprender que la historia no conoce un desarrollo lineal. Hay que contar con giros, vueltas y sobresaltos. El Papa Francisco ha proporcionado una orientación fundamental para ello, con su encíclica *Fratelli tutti* (2020). La Iglesia está siempre obligada a interpretar los signos de los tiempos a la luz del Evangelio de Jesucristo (Pablo VI, 1965c, arts. 4-11). Santiago de Chile alberga uno de los principales centros de investigación del mundo sobre teología de los signos de los tiempos: el Centro Teológico Manuel Larraín.

3.3. Integración natural-cósmica: armonía con la Madre Tierra

La importancia fundamental del arraigo cósmico-natural del ser humano ya no necesita ser especialmente justificada hoy en día. El debate mundial sobre el cambio climático y la explotación del planeta han creado una nueva conciencia, así lo afirma explícita y justificadamente ya el primer

informe del “Club de Roma” en 1972 (Meadows et al., 1972). La modernidad europea había explorado y explotado la naturaleza como recurso para su propio desarrollo y expansión del poder. El Concilio Vaticano II todavía pasó por alto esta dimensión. La tradición premoderna en Occidente, incluso en el arte de las iglesias barrocas, había recordado este arraigo, a través de los cuatro elementos básicos: Fuego, Tierra, Agua, Aire.

Adam Smith seguía considerándolos infinitos y desarrolló el principio de crecimiento de la economía de libre mercado sobre esta base. Hoy, en cambio, nos damos cuenta de que la Tierra es finita y vulnerable; y es el único planeta habitable a nuestro alrededor. Los pueblos indígenas han tenido presente este arraigo en la Madre Tierra. La Ilustración europea los consideró “primitivos”. En su encíclica *Laudato Si'* (2015), el Papa Francisco hizo honor a esta sabiduría y presentó una orientación que irradia mucho más allá de la Iglesia; pero ¿puede la tradición cristiana apreciar realmente a la “Madre Tierra”? ¿No tenemos una orientación demasiado antropocéntrica? Se está produciendo un animado debate que va desde el rechazo radical de la posición privilegiada del ser humano en el cosmos hasta el aviso de defunción del *homo sapiens* y la transformación digital del hombre (Harari, 2017; 2019). Desde el punto de vista teológico, se plantea la cuestión del destino escatológico de todos los seres vivos. En el mundo de habla alemana se discute actualmente con gran empeño una teología de los animales.

De hecho, la teología y la conciencia de fe están en un proceso de aprendizaje integral que probablemente no solo tendrá que revalorizar la sabiduría tradicional, sino, sobre todo, reflexionar sobre el hecho de que el clímax de la historia de la creación no es la creación del hombre, sino la santificación del sábado.

Pero, ¿se pueden aplicar las categorías sociales de amistad y justicia a esta interconexión? Se puede observar que la categoría asiática de la armonía también está ganando cada vez más influencia en Occidente (Gutheinz, 2012).

3.4. Ante el misterio del mundo: el asombro

Como cuarta dimensión, no hay que dejar de lado la cuestión de la trascendencia, como sea que esta pregunta sea respondida. Esta cuestión se ha mostrado persistente, porque se da con la propia dinámica del espíritu humano y no puede resolverse en lo más mínimo por la complejidad de la realidad, por más que la exploren las ciencias naturales. Cuanto más preguntamos, más preguntas se abren. No puedo imaginar que el cuestionamiento y, por tanto, también la pregunta, lleguen a su fin en esta historia. La investigación básica y el cuestionamiento fundamental nunca llegarán a su fin, porque entonces habría llegado el mismo fin de la historia; pero en la orientación humana de la vida, la cuestión del conjunto del mundo y de mí mismo se plantea desde un punto de vista orientado al sentido. Tal vez, teniendo en cuenta nuestro tema, se pueda aportar esta dimensión a la cuestión: ¿Se puede confiar en la vida y en toda la realidad? Ante el misterio de toda la realidad que se abre en

esta dinámica, probablemente no sea posible hablar con las categorías anteriormente mencionadas: *Ubuntu*, el pequeño mundo de cada persona; *sociedad*, el mundo formado por las personas, que es nuestra historia; y *el cosmos universal*, en que nuestra vida parece casi insignificante.

Me parece que la actitud adecuada ante esta posible realidad debería ser la "reverencia". Con ello me refiero a la cuestión de conciencia y a la actitud de que no todo está a nuestro alcance; que dependemos de poderes y realidades que nunca podremos comprender en el sentido estricto de la palabra y mucho menos controlar. Pero como este misterio del mundo se anuncia en cada cosa y da forma a cada hora, la reverencia sería la actitud humana básica a partir de la cual crece la paz con uno mismo, con los demás y con toda la creación.

El asombro no crece en el espacio del miedo, sino solo en la libertad y la confianza apreciativa. El jesuita alemán, Alfred Delp, sacerdote jesuita, escribió lo siguiente en una reflexión navideña, estando esposado unas semanas antes de su ejecución en Berlín:

Gott wird Mensch.
Der Mensch nicht Gott.
Die Menschenordnung bleibt
und bleibt verpflichtend.
Aber sie ist geweiht.
Laßt uns dem Leben trauen,
weil diese Nacht das Leben bringen mußte.
Laßt uns dem leben trauen,
weil wir es nicht allein zu leben haben,
sondern Gott es mit uns lebt. (1985, p. 195)⁴

Conclusiones: implicancias de ser una bendición para otros en clave de acción cristiana

Con su síntesis de la Torá ("Ama a Dios y a tu prójimo como a ti mismo"), Jesús convierte la Ley y los Profetas en una buena regla de vida apta para la vida cotidiana. Creo que así hace honor a esa tercera promesa a Abraham, que casi hemos olvidado: "¡Por medio de ti, yo bendeciré a todos los pueblos del mundo!" (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Génesis 12:3). Creo que todos los hijos de Abraham deberían ser reconocibles por esto: Convertirse en una bendición para todos. Con todo, no debemos olvidar, que serán los demás quienes nos dirán si somos una bendición para ellos o no. Los otros me dicen si están contentos de que yo sea su vecino, si soy un buen colega o un buen compañero, padre y marido.

⁴ "Dios se hace hombre. No el hombre, Dios. El orden humano continúa y sigue siendo obligatorio. Pero está consagrado. Y el ser humano se ha vuelto más, más poderoso. Confiemos en la vida, porque esta noche tenía que traer luz. Confiemos en la vida porque ya no tenemos que vivirla solos, sino que Dios la vive con nosotros". Traducción del autor (N. de T.).

Que soy una bendición: eso es lo que siempre me dicen los demás. No puedo decírmelo a mí mismo. Quisiera profundizar en esta máxima fundamental para la acción cristiana, en la que la propia paz se hace efectiva, con dos orientaciones para los creyentes en Cristo.

La primera puede llamarse la regla de la comunidad según Pablo. Básicamente, debemos tener la misma mentalidad que el propio Jesucristo. Esto significa: "No hagan nada por ambición o vanagloria, antes con humildad estimen a los otros como superiores a ustedes mismos. Nadie busque su interés, sino el de los demás" (Biblia de Nuestro Pueblo, 2016, Filipenses 2:3-4). En la primera frase se expresa el ideal. En la segunda parte, la versión sobria, que en realidad puede convertirse en la norma general. Sin embargo, los creyentes en Cristo no deben renunciar a luchar también por el ideal, esto les dará aquella experiencia que es capaz de justificar este regalo de sí mismos. Nadie puede vivir esta actitud de Jesús, si no ha experimentado primero que él mismo ha sido amado incondicionalmente, antes de cualquier merecimiento o acción suya. En su raíz más profunda, la actitud cristiana ante la vida nace de la gratitud al Evangelio, que nos revela que Dios se nos ha entregado en Jesucristo y que, mediante su Espíritu, nos ha acogido en su vida y paz perfectas - La reflexión final de los "Ejercicios espirituales" de San Ignacio de Loyola (1997), la "Contemplatio ad amorem" (no. 230-237) representa para mí una orientación adecuada para la vida cotidiana, desarrollando y viviendo esta cultura de la gratitud-. Nuestra misión, por tanto, no es inventar o hacer la paz, sino compartir lo que se nos ha dado con los demás; de hecho, con todos. Así, se despertará siempre la resistencia a todos los poderes de la muerte y la humillación, porque: no hay camino a la paz, Cristo es el camino y la paz.

Reconocimientos

En una versión más breve, este artículo fue presentado en la XI Semana Teológica de la Universidad Católica del Norte en Antofagasta el 24 de octubre 2022.

Referencias Bibliográficas

- Austin, J. L. (1962). *How to do things with words*. Claredon.
- Benito de Nursia. (2021). *Regla de San Benito*. FV.
- La Biblia de Nuestro Pueblo*. (2016). Biblia del Peregrino América Latina.
- Birle, P., Dewey, M. y Mascareño, A. (2012). *Durch Luhmanns Brille*. Springer. <https://doi.org/10.1007/978-3-531-94084-7>
- Boecio. (1968). The consolation of philosophy, En *The theological tractates; The consolation of philosophy* (pp. 128-411). William Heinemann Ltd.
- Centro Teológico Manuel Larraín*. <https://centromanuellarrain.uc.cl/>
- Cuesta, J. C. (16 de septiembre de 2022). La India reprocha a Putin su ofensiva en Ucrania: "No es época de guerras". *El País*. <https://bit.ly/3DpsYTk>

- Delp, A. (1985). Vigil von Weihnachten. En su *Gesammelte Schriften* (Vol. 4, pp. 186-195). Josef Knecht.
- Denzinger, H. y Hünermann, P. (2006). *El magisterio de la Iglesia. Enchiridion symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum* (B. Dalmau, C. Ruiz-Garrido y E. Martín-Mora, Trads.). Herder.
- Francisco. Vaticano II. Fratelli Tutti. Carta encíclica sobre la fraternidad y la amistad social. 03 de octubre de 2020. <https://bit.ly/3XATmBr>
- Francisco. Vaticano II. *Laudato Sí*, sobre el cuidado de la Casa Común. Carta Encíclica. 24 de mayo de 2015. <https://bit.ly/3eeSZLY>
- Francisco. Vaticano II. Santa misa por la paz y la justicia. Homilía del Santo Padre. Parque O'Higgins (Santiago de Chile). 16 de enero de 2018. <https://bit.ly/3Y1cY1W>
- Francisco. Vaticano II y Ahmad Al-Tayyeb. Fraternidad humana por la paz mundial y la convivencia común. 04 de febrero de 2019. <https://bit.ly/3XRHXxs>
- Fukuyma, F. (1990). ¿El fin de la historia?. *Estudios públicos*, (37), 5-31. <https://bit.ly/3iFP7pE>
- Gutheinz, L. (2012). *Chinesische Theologie im Werden ein Blick in die Werkstatt der Christlich-chinesischen theologie* (Vol. 22, Ser. Theologie interkulturell). Matthias-Grünewald.
- Harari, Y. N. (2017). *Homo deus: A brief history of Tomorrow*. Harper.
- Harari, Y. N. (2019). *21 Lessons for the 21st Century*. Vintage.
- Iglesia Católica. Vaticano II. (1997). *Catecismo de la Iglesia católica*. <https://bit.ly/3Y7lk8h>
- Ignacio de Loyola. (1997). *Obras de San Ignacio de Loyola* (6a ed). Biblioteca de autores cristianos.
- León-Dufour, X. (1965). *Vocabulario de teología bíblica*. Herder. <https://bit.ly/3H8KFck>
- Luhmann, N. (2006). *La sociedad de la sociedad*. (J. Torres Nafarrate, Trad.). Herder. <https://bit.ly/3XN3t6P>
- Meadows, D. H., Meadows, D. L., Randers, J., y Behrens, W. W. (1972). *The Limits to Growth. A Report for the Club Of Rome's Project on the Predicament of Mankind*. Universe Books. <https://bit.ly/3JmkWhU>
- Metz, J. B. (2017). *Mystik der offenen Augen*. (J. Reikerstorfer, Ed.) (Vol. 7, Ser. Gesammelte Schriften). Herder.
- Migne, J.P. (1857). *Patrologiae cursus completus, series graeca* (Vol. 26). <https://bit.ly/3SXOiGe>
- Pablo VI. Vaticano II. *Ecclesiam suam. El "Mandato" de La Iglesia en el mundo contemporáneo. Carta Encíclica*. 06 de agosto de 1964. <https://bit.ly/3WKypTV>
- Pablo VI. Vaticano II. *Lumen Gentium. Constitución Dogmática Sobre La Iglesia*. 21 de Noviembre de 1964. <https://bit.ly/3wT4Ogy>
- Pablo VI. Vaticano II. *Discurso a los representantes de los Estados. Visita del Sumo Pontífice Pablo VI a la Organización de las Naciones Unidas*. 04 de octubre de 1965. <https://bit.ly/3Re0cL9>

- Pablo VI. Vaticano II. *Dei verbum. Sobre la Divina Revelación. Constitución Dogmática*. 18 de noviembre de 1965. <https://bit.ly/3wFst46>
- Pablo VI. Vaticano II. *Gaudium et spes. Constitución pastoral, sobre la iglesia en el mundo actual*. 07 de diciembre de 1965. <https://bit.ly/39fpSWu>
- Papst: „Heute erleben wir einen Dritten Weltkrieg“. (31 de Agosto de 2022). *Vatican News*. <https://bit.ly/3Zzf4HQ>
- Pontificio consejo «justicia y paz». (2005). *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*. <https://bit.ly/3knDR1y>
- Rahner, K. (2008). Der Friede Gottes und der Friede der Welt. En su *Sämtliche Werke. Dogmatik nach dem Konzil. Theologische Anthropologie und Ekklesiologie* (Vol. 2,). Herder.
- Riedl, G. (1998). *Modell Assisi: Christliches Gebet und interreligiöser dialog in Heilsgeschichtlichem Kontext* (Vol. 88, Ser. Theologische Bibliothek Töpelmann). Walter de Gruyter.
- Searle, J. (1969). *Speech acts: an essays in the philosophy of language*. Cambridge.
- Schökel, A. L. (Trad.). (2016). *La Biblia de Nuestro pueblo: Versión Online para América Latina*. Grupo de Comunicación Loyola. <https://bit.ly/3wz2rPP>
- Villegas, E. (16 de julio de 2022). Papa Francisco se pronuncia ampliamente sobre la situación actual de México en una entrevista. *Zenit*. <https://bit.ly/3WzJ97M>
- Suttner, B. V. (1906). *¡Abajo las armas! = Die Waffen nieder*. Heinrich y Ca.
- Virgilio. (2006). *Eneida*. Del Cardo. <https://bit.ly/3XVkqeV>
- Wandinger, N. (2008). Positiv kritisch, Integrativ - Otto Muck. Eine persönliche Lernbilanz in Stichworten. En M. Kraml, W. Sandler, N. Wandinger, R. Siebenrock y F. Gmainer-Pranzl, *Ein Seelsorger des Denkens. Otto Muck zum Dank, anlässlich seines 80. Geburtstags*. <https://bit.ly/3JnTU9r>
- San Agustín. (2010). *Confesiones* (A. Encuentra Ortega, Trad.). Gredos. <https://bit.ly/3XAOigV>
- Siebenrock, R. y Tück, J.-H. (Eds.). (2012). *Selig, die Frieden Stiften Assisi - Zeichen gegen Gewalt*. Herder.
- Waldenfels, H. (Coment.) (1987). *Die Friedensgebete von Assisi*. Herder.

Para citar este artículo bajo norma APA 7a ed.

Siebenrock, R. A. (2023). Impulsos para una teología del trabajo por la paz. *Cuadernos de teología – Universidad Católica del Norte (En línea)*, 15, e5871. <https://doi.org/10.22199/issn.0719-8175-5871>



Copyright del artículo: ©2023 Roman Siebenrock



Este es un artículo de acceso abierto, bajo licencia Creative Commons BY 4.0.